

# ¿STALIN CONTRA LENIN O STALIN JUNTO A LENIN? UNA APROXIMACIÓN A LOS DEBATES HISTORIOGRÁFICOS SOBRE LA EXPERIENCIA ESTALINISTA

---

Jorge Saborido

Universidad de Buenos Aires-Universidad Nacional de la Pampa

La expresión «estalinismo» genera inevitablemente controversias, circunstancia que no impide que su uso haya sido por demás frecuente. Se puede realizar una breve historia de la misma, pero su legitimidad y utilidad han sido objeto de debate; aun aquellos estudiosos que la aceptan no acuerdan ni en su significado ni en el campo que abarca.

Es interesante destacar que durante el período dominado por la figura de Stalin nadie hablaba de «estalinismo»; el despliegue del llamado «culto a la personalidad», el endiosamiento progresivo del líder era no obstante acompañado de una visible intención de no utilizar esa expresión. La actitud del mismo Stalin era de manifiesta subordinación a la figura de Lenin, «el genio que comandó con decisión la gesta de los bolcheviques en 1917». En unas famosas declaraciones realizadas en 1931 el escritor alemán Emil Ludwig decía: «en lo que a mí concierne, soy sólo un discípulo de Lenin y el objetivo de mi vida es ser el mejor de ellos.»<sup>1</sup>

Esta negativa a usar el término en la Unión Soviética no impidió que tuviera una amplia difusión, primero en discusiones políticas internacionales, y más tarde en los debates entre los historiadores (sobre todo tras la denuncia de los crímenes de Stalin realizada por Khrushchev en 1956).

El objeto del presente trabajo es revisar algunas de las variadas interpretaciones que se han realizado del término en los ámbitos de la historiografía occidental y soviética. Para ello hemos procedido a acotar el de-

---

<sup>1</sup> Cit. por Giuseppe BOFFA: *The Stalin Phenomenon*. Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1992, p. 3.

bate, centrándolo en uno de los temas que consideramos más ha preocupado a los estudiosos respecto de los rasgos del estalinismo, el de *continuidad o ruptura* en relación con los principios que orientaron la revolución bolchevique. Somos conscientes de que se corre el riesgo de simplificar en extremo una problemática por demás compleja; elementos nuevos y viejos se entremezclan sin duda en todos los procesos históricos, incluyendo los acontecimientos revolucionarios. Sin embargo, dadas las características del régimen surgido de la Revolución de Octubre, éste ha sido un tema crucial: la respuesta a la pregunta respecto de la relación entre Lenin y Stalin, o —para darle una forma retórica— entre la toma del Palacio de Invierno y las purgas de 1936-38, ha sido fundamental para todos los interesados en explicar, en palabras de uno de los relatores del notable film *El Arca Rusa*, «esa Convención que duró más de 70 años».

Antes de iniciar la travesía propuesta vamos a proceder a realizar una definición lo más amplia y abarcadora posible de lo que denominamos «estalinismo»: constituye un conjunto de instituciones, políticas y prácticas que se establecieron en la Unión Soviética durante el período en el que Stalin ejerció el poder, que se extiende desde 1928 hasta su muerte en 1953. Se caracteriza, entre otros aspectos, por: el uso extremo de la coerción con el objetivo de impulsar las transformaciones económicas y sociales; la abolición de la propiedad privada y del comercio libre; la colectivización de la agricultura; la industrialización acelerada controlada por el Estado; la liquidación de las llamadas «clases explotadoras», incluyendo las deportaciones masivas; el uso en gran escala del terror en contra de los enemigos —incluyendo en esta expresión a integrantes del Partido Comunista que habían participado en la revolución de 1917—, y el «culto a la personalidad».

## 1. Estado de la cuestión y planteo del problema

Las posibilidades de abordaje de la cuestión historiográfica relativas al tema del estalinismo son amplias, por lo que se han realizado variados intentos destinados a explicar sus diferentes aspectos. El resultado ha sido una vasta producción, en la que destacan obras como la de Boffa<sup>2</sup>, los intentos colectivos plasmados en trabajos como las de Nove<sup>3</sup>, Ward<sup>4</sup>,

---

<sup>2</sup> G. BOFFA: *The Stalin...*, *op.cit.*

<sup>3</sup> Alec NOVE: *The Stalin Phenomenon*. Londres, Weinfeld y Nicholson, 1993.

<sup>4</sup> Chris WARD (ed.): *The Stalinist Dictatorship*. Londres y Nueva York, 1998.

Tucker<sup>5</sup>, Lampert y Rittersporn<sup>6</sup> o las más recientes recopilaciones de Fitzpatrick<sup>7</sup>, Hoffmann<sup>8</sup> y Read<sup>9</sup>, por citar sólo los más específicamente dedicados a la cuestión. Las últimas, incluso, beneficiadas por el clima de colaboración surgido a partir de la puesta en marcha de la *perestroika*, incorporaron algunos trabajos de especialistas provenientes de la antigua Unión Soviética.

De la revisión del conjunto de las aportaciones surge una preferente atención a dos problemáticas: la de la continuidad o no del estalinismo respecto a los principios bolcheviques, y la discusión alrededor de su caracterización como «totalitarismo». La notable síntesis de Fitzpatrick<sup>10</sup> constituye una demostración de lo dicho, si bien es preciso aclarar que en ninguna de las obras citadas el tratamiento se agota allí<sup>11</sup>.

Como se ha dicho, centraremos esta recorrida en el primero de los temas, procediendo a ubicar las diferentes contribuciones procedentes de la historiografía soviética y occidental en el escenario más amplio de una realidad política caracterizada por las tensiones de la Guerra Fría durante casi medio siglo, y más tarde por el impacto producido por el derrumbamiento de la Unión Soviética.

El tema de la vinculación del estalinismo con los principios de la revolución bolchevique es sin duda uno de los que más ha atraído la atención de los estudiosos, despuntando incluso antes de la Segunda Guerra Mundial sobre todo como consecuencia de los polémicos escritos de Leon Trotsky<sup>12</sup>.

La problemática tiene una definición muy clara, abarca un abanico de problemas de enorme importancia y puede plantearse a partir de la siguiente pregunta: *¿fue el régimen instalado por Stalin a fines de los años*

---

<sup>5</sup> Robert C. TUCKER: *Stalinism. Essays in Historical Interpretation*. Nueva Jersey y Londres, Transaction Publishers, 1999.

<sup>6</sup> Nick LAMPERT y Gábor RITTERSPORN (eds.): *Stalinism. Its Nature and Aftermath*. Nueva York, Sharpe, 1992.

<sup>7</sup> Sheila FITZPATRICK: *Stalinism. New Directions*. Londres y Nueva York, Routledge, 2000.

<sup>8</sup> David HOFFMANN (ed.): *Stalinism*. Oxford, Blackwell, 2003.

<sup>9</sup> Chris READ: *Stalinism*. (ed.), *The Stalin Years. A Reader*. Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2003.

<sup>10</sup> Sheila FITZPATRICK: «Constructing Stalinism: Changing Western and Soviet Perspectives», en A. NOVE: *The Stalin...*, *op.cit.*

<sup>11</sup> Esto es particularmente cierto para el texto de Boffa, notable en muchos aspectos, que peca, en mi opinión, de establecer demasiadas corrientes de interpretación sin buscar unificar lo que algunas de ellas tienen en común.

<sup>12</sup> Leon TROTSKY: *La Revolución traicionada*. Nueva York, Pathfinder, 1992.

*20 la consecuencia del rumbo señalado por la Revolución de octubre o, por el contrario, implicó una desviación de los principios que guiaron el triunfo de los bolcheviques?*

## 2. La noción de continuidad

La idea de la continuidad entre los «Principios de Octubre» y las realizaciones del estalinismo ha sido defendida, paradójicamente, tanto por quienes reivindicaron la obra de Stalin en la Unión Soviética como por quienes repudiaban la revolución bolchevique «in toto» en el ámbito de la historiografía occidental.

La primera de las posiciones se explica sin mayores dificultades por la búsqueda de legitimidad por parte del régimen instalado a fines de la década de 1920: la ya citada aspiración de Stalin de presentarse como seguidor de las enseñanzas de Lenin se tradujo en una orientación clara por parte de los historiadores del régimen en cuanto a insistir en que las políticas desplegadas por el dictador constituían la concreción de lo que en su lenguaje se denominaba la «construcción del socialismo»<sup>13</sup>.

Por su parte, las corrientes historiográficas occidentales comenzaron a desarrollar su actividad durante los primeros años de la Guerra Fría, caracterizados por un clima de intensa hostilidad hacia la Unión Soviética; de allí que muchas veces, con independencia de la voluntad de los especialistas, los estudios que se realizaron sobre el estalinismo constituyeron un arma política en condiciones de ser utilizada en un ámbito mucho más amplio, trascendiendo el debate puramente académico.

Seguidamente intentaremos pasar revista a las diferentes posiciones vinculadas con el tema, mostrando en los textos los diferentes matices expuestos por los autores.

### 2.a) *La idea de continuidad en la historiografía soviética.*

Hacia fines de los años 30, el poder de Stalin estaba absolutamente consolidado: las perturbaciones ocasionadas por la colectivización y sus

---

<sup>13</sup> La «vulgata» del régimen es Commission of the C.P.S.U. (B.) (ed.): *History of the Communist Party of the Soviet Union. Short Course*. Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1939. En su redacción participó directamente el mismo Stalin.

consecuencias<sup>14</sup>, además de las dificultades propias del proceso de industrialización, dieron paso a una dinámica represiva —el «terror»— que entre 1936 y 1938 acabó con casi toda la «vieja guardia» bolchevique, de manera de asegurar la posición indiscutida del dictador. Ningún peligro se cernía sobre el régimen, y éste se preocupaba por destacar que los logros obtenidos constituían la concreción del proyecto bolchevique liderado por Lenin.

Uno de los elementos principales destinados a reforzar en la sociedad la posición dominante de Stalin y la corrección de las políticas implementadas por él consistió en elaborar una visión «oficial» de la historia de la revolución que justamente enfatizaba la estrecha relación entre los sucesos de octubre de 1917 y la realidad de la Unión Soviética tras las conmociones de principios de los años 30 y las «purgas» posteriores; en pocas palabras, de la continuidad entre el pensamiento y la obra de Lenin, y la gestión de Stalin. Esa función la cumplió en parte la ya citada historia del Partido Comunista de la Unión Soviética escrita por un conjunto de historiadores designados por el Comité Central del partido y publicada por primera vez en 1939<sup>15</sup>.

En esa obra, uno de los dos principales objetivos —el otro es la descalificación total de la figura de Trotsky— reside en jerarquizar la figura de Stalin colocándolo junto a Lenin en todos los acontecimientos significativos de la revolución hasta la muerte de éste último en enero de 1924.

Un simple conteo de las citas que aparecen en el libro muestra que mientras del protagonista de los sucesos de octubre se realizan alrededor de un centenar, del «camarada» Stalin, su fiel discípulo, se extraen algo menos de 50; ningún otro dirigente soviético es objeto siquiera de una cita. Con razón o sin ella, Stalin aparece cumpliendo papeles destacados en los principales acontecimientos de la revolución.

No caben dudas que de la lectura de este texto esquemático y poco atrayente surge de manera inequívoca el intento de desarrollar una argumentación destinada a sostener que todas las políticas implementadas por Stalin seguían el «guión» revolucionario elaborado por Lenin.

Para poner solamente un ejemplo, cuando se está explicando el proceso de colectivización del campo, se insiste en que el Partido va a seguir

---

<sup>14</sup> Robert Conquest, poeta, crítico y también historiador, es uno de los que con mayor consecuencia se ha dedicado a los temas vinculados con la represión del estalinismo. Entre ellos podemos citar a Robert CONQUEST: *The Great Terror. A Reassessment*. Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1990; e *ibidem*: *Stalin. Breaker of Nations* Nueva York, Penguin, 1991.

<sup>15</sup> Comisión..., *op.cit.*

los preceptos de Lenin, para lo cual se seleccionan algunos textos en los cuales él hacía referencia al tema:

- «1) No hay escape de la pobreza para la pequeña explotación (...);
- 2) Si continuamos como antaño en nuestras pequeñas explotaciones, aun cuando se trate de ciudadanos libres en tierra libre, nos encontraremos con la ruina inevitable (...);
- 3) Si la explotación campesina tiene que desarrollarse, debemos asegurar la transición hacia un nuevo estadio, y este nuevo estadio debe ser aquél en el que las explotaciones campesinas aisladas, las menos rentables y más atrasadas, deben transformarse, a través de un proceso gradual, en granjas colectivas en gran escala (...);
- 4) Sólo si tenemos éxito en convencer a los campesinos de las ventajas de cultivar el suelo de forma colectiva, cooperativa, sólo si tenemos éxito en ayudar a los campesinos por medio del cultivo cooperativo, podrá la clase obrera, que dispone del poder del estado, estar en condiciones de convencer al campesinado de la corrección de su política y asegurar el desarrollo duradero y real de millones de campesinos»<sup>16</sup>.

Seguidamente se transcribían las palabras de Stalin en su informe al Comité Central en diciembre de 1927 con motivo del V Congreso del Partido:

Cuál es el camino [para sacar a la agricultura del atraso. J.S.]. El camino es modificar las pequeñas y dispersas granjas campesinas basadas en el cultivo común del suelo, introduciendo el cultivo colectivo del suelo sobre la base de una tecnología superior. El camino es unir las pequeñas granjas gradual pero seguramente, no bajo presión sino a través del ejemplo y la persuasión, en extensas unidades basadas en el cultivo colectivo y cooperativo del suelo con el uso de máquinas agrícolas y tractores y métodos científicos de agricultura intensiva. No hay otro camino<sup>17</sup>.

Con esta manera de disponer los testimonios, la noción de continuidad surgía naturalmente de la exposición: para cada medida puesta en ejecución por el «camarada» Stalin había una o varias citas de Lenin avalándola.

\* \* \*

---

<sup>16</sup> Commission, *ob.cit.*..., pp. 287-88.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 288.

Conocida es la evolución de la coyuntura política en la Unión Soviética tras la muerte de Stalin en marzo de 1953: la convicción mayoritaria en la cúpula del Partido Comunista de que con la desaparición del líder se había clausurado una época fue acompañada de una lucha por el poder que culminó con la trabajosa victoria de un típico integrante del aparato del partido, Nikita Khrushchev. Éste se propuso llevar adelante una política de superación del pasado inmediato, lo que condujo a un gesto que en su momento resultó espectacular: la denuncia de los crímenes de Stalin en un informe leído en una sesión secreta del XX Congreso del PCUS celebrado en 1956.

La conmoción interior y exterior producida por ese Informe —el «secreto» dio la vuelta al mundo en pocas horas—, se trasladó, como es lógico, al terreno de la explicación de los años transcurridos bajo el dominio de Stalin. Las nuevas ediciones de la «vulgata» controlada por el Partido introdujeron ciertamente cambios, pero los mismos no implicaron una modificación radical en la interpretación del período estalinista. En principio, podemos decir que los logros antes atribuidos a Stalin —aunque, como hemos visto, siempre siguiendo las enseñanzas de Lenin— ahora pasaron a ser patrimonio exclusivo de quien impulsó la toma del poder en octubre en 1917. De esta manera, la historia de la revolución se explicó en una variante extrema y peculiar de la teoría de la continuidad: los acontecimientos posteriores a 1917 fueron simplemente la sistemática y coherente implementación *por parte del partido*, del plan formulado por Lenin orientado a la «construcción del socialismo». En cuanto al período estalinista, la fórmula utilizada en las sucesivas ediciones de la historia del PCUS fue muy simple y en una de las ediciones publicadas durante los años de liderazgo de Khrushchev se resume claramente:

El culto a la personalidad no pudo modificar los fundamentos teóricos, políticos y organizativos del partido, creado y educado en el espíritu revolucionario del gran Lenin. Aun en la situación dominada por el culto a la personalidad el partido actuó como un organismo vivo (...) La política seguida por el partido fue correcta y expresaba los intereses del pueblo<sup>18</sup>.

Esta tendencia se acentuó fuertemente tras la caída de Khrushchev, que era sin duda el más antiestalinista de los dirigentes del PCUS; con la lle-

---

<sup>18</sup> Commission of the CC. of the C.P.S.U. (B.) (ed.): *History of the Communist Party of the Soviet Union. Short Course*. Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1960, p. 670.

gada al poder de Leonid Brezhnev en 1964 las críticas se atenuaron sensiblemente; el talante conservador del nuevo «hombre fuerte» en el ejercicio del poder también se manifestó en este terreno. Con motivo de dos celebraciones de importancia —el cincuentenario de la revolución en 1967 y el centenario del nacimiento de Lenin en 1970— la posición oficial del partido se condensó en una serie de documentos: un conjunto de tesis publicadas en nombre del Comité Central y, sobre todo, dos discursos de Brezhnev pronunciados frente a los principales funcionarios del Estado<sup>19</sup>.

En los mismos se manifestaba un intento de recoger con cautela las críticas a Stalin, equilibrándolas con ataques a la gestión de Khrushchev, acusado de «subjetivismo» y de ignorar las leyes de desarrollo social, acompañándolas de una reivindicación del partido:

El Partido Comunista de la Unión Soviética ha condenado claramente el culto a la personalidad por sus abusos de poder y sus violaciones de los principios democráticos socialistas y la legalidad revolucionaria. El partido ha condenado también el subjetivismo que ignora las leyes del desarrollo social y la opinión de los órganos colectivos, reemplazando las orientaciones científicas por decisiones personales obstinadas (...) El partido ha repudiado todos los esfuerzos para que las críticas al culto a la personalidad y el subjetivismo contra el socialismo y los intereses del pueblo, no afectaran la construcción del socialismo y su historia, no desacreditaran los logros de la revolución llevando a la revisión de los principios del Marxismo-Leninismo<sup>20</sup>.

De cualquier manera, el conjunto de la experiencia soviética es presentada como el triunfo de las ideas leninistas; la victoria total del socialismo es el resultado del proceso:

El Partido Comunista y el pueblo Soviético, siguiendo los mandatos de Lenin, ha realizado un difícil pero glorioso viaje. El socialismo, cuya inevitable victoria fue demostrada por los fundadores del socialismo científico y cuya construcción empezó bajo la guía de Lenin se ha vuelto realidad en la Unión Soviética<sup>21</sup>.

En esa visión triunfalista, como es lógico, se minimizaba el papel negativo de Stalin, y la idea de continuidad persistía; los historiadores tenían marcados los límites dentro de los cuales podía desarrollarse su tarea. La

---

<sup>19</sup> Leonid BREZHNEV: *On the Policy of the Soviet Union*. Nueva York, s/e, 1973, p. 41.

<sup>20</sup> *Kommunist* n.º 1, 1970. Cit. por Giuseppe BOFFA: *The Stalin...*, op. cit., p. 21.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 22.



vida académica se encontraba ante numerosas limitaciones: los accesos a los archivos oficiales para los investigadores estaban estrictamente controlados y la comunicación con los ámbitos universitarios y la producción extranjera era escasa, por lo que la calidad media de la producción rara vez alcanzaba cotas elevadas; quienes mostraban mayor nivel académico, como Viktor Danilov y Pavel Volobuev, estaban situados en alguna medida en los márgenes del campo oficial.

La puesta en marcha de la *perestroika* en 1986 tuvo una enorme repercusión sobre la manera de encarar el estudio de la revolución en la Unión Soviética. Por una parte, se produjo el acceso a archivos antes cerrados, circunstancia que permitió acceder a nuevas fuentes; por otra, como ya se ha comentado, se verificó un concreto acercamiento entre académicos soviéticos y occidentales, lo que condujo a un creciente intercambio de trabajos y a la elaboración de algunos proyectos conjuntos.

No obstante, el impulso decisivo hacia la revisión del pasado estuvo dado por el accionar concreto de Mijail Gorbachov, el nuevo líder soviético, quien en un famoso discurso pronunciado a principios de noviembre de 1987 para conmemorar el 70º aniversario de la Revolución de Octubre exhortó a llenar los «espacios en blanco» que existían en el conocimiento del conjunto de la experiencia revolucionaria. Pocos meses más tarde, la principal revista dedicada a los temas históricos abrió sus páginas a la discusión de problemas que jamás habían sido tratado antes, y ese fue el punto de partida para una serie de enconados debates de los cuales, por lo menos en los primeros tiempos, hubo una intensa repercusión en la opinión pública. Dos obras del historiador británico Robert William Davies han descrito de manera magistral el clima en el que se verificaron estos debates y la amplitud de los mismos<sup>22</sup>.

El impacto de estos cambios sobre el análisis del período estalinista fueron profundos: en principio, la nueva documentación disponible permitió sacar a la luz detalles escalofrantes de sus métodos represivos, los que fueron difundidos entre el público con gran éxito. Pero en relación con el tema que nos ocupa, la polémica se manifestó, implícita o explícitamente, en los mismos términos en las que se ha planteado aquí: el régimen creado por Stalin era objeto de un rechazo casi unánime, pero ¿qué relación tenía con la tradición bolchevique? En este punto, las opiniones se mostraban divergentes, en la medida en que para muchos, la figura de

---

<sup>22</sup> Richard W. DAVIES: *Soviet History in the Gorbachev Revolution*. Bloomington e Indianapolis, Indiana University Press, 1989; *ibidem*: *Soviet History in the Yeltsin Era*. Basingtoke, MacMillan Press, 1997.

Lenin, si bien era objeto de análisis crítico, tendía a ser reivindicada en términos generales. A esta reivindicación contribuyó inicialmente el propio Gorbachov al asumir su defensa, en la medida que éste imaginaba que el rumbo reformista que intentaba impulsar se relacionaba con el Lenin que implementó la Nueva Política Económica.

Sin embargo, a fines de 1988 se produjo un acontecimiento de significación: la publicación en una revista mensual de divulgación de una serie de cuatro artículos escritos por el conocido filósofo Alexander Tsipko<sup>23</sup>, en los que se sostenía que las raíces del estalinismo había que buscarlas en la doctrina marxista-leninista y en su aplicación práctica, la Revolución de Octubre y la guerra civil que la siguió.

A partir de ese momento, y en la medida en que Tsipko aparecía como un intelectual protegido por uno de los principales dirigentes de la *perestroika*, Alexander Yakovlev —lo que sin duda implicaba un aval a su postura— se publicaron varios trabajos que cuestionaban la figura y el accionar del principal líder revolucionario. La calidad de los mismos era desigual, pero daba cuenta de que la *glasnost* estaba llegando hasta las más altas esferas. La publicación en 1989 de «El Archipiélago Gulag», la famosa obra de denuncia Alexander Solzhenitsin, escrita un par de décadas antes, era una muestra elocuente del nuevo clima.

Transcurrido el proceso que culminó con la disgregación de la URSS, uno de los mayores impactos historiográficos lo constituyó la publicación en 1994 de la biografía de Lenin escrita por Dmitri Volkogónov<sup>24</sup>, un general del ejército soviético. La repercusión de la obra de este historiador, Director del Instituto de Historia Militar hasta 1991, está sin duda marcada por el hecho de que fue tomando distancia creciente del régimen. Beneficiado por su posición, el acceso privilegiado a los archivos le permitió publicar en 1988 una biografía de Stalin<sup>25</sup> en la que el régimen instalado por éste aparecía como «un camino —un camino extremadamente negativo— de concretar las ideas contenidas en la doctrina marxista<sup>26</sup>; Stalin era entonces el responsable de que los principios revolucionarios se hubieran distorsionado. Sin embargo, seis años más tarde, su obra sobre Lenin, redactada después de haber consultado «las 3.724 notas y cartas

<sup>23</sup> Alexander D. TSIPKO: «The Sources of Stalinism». En *Nauka I zhizn*, n.ºs 11 y 12, 1988, y n.ºs 1 y 2, 1989.

<sup>24</sup> Dimitri VOLKOGÓNOV: *El verdadero Lenin*. Barcelona, Anaya y Mario Muchnik, 1996. La edición española proviene de la traducción francesa

<sup>25</sup> Dimitri VOLKOGÓNOV: *Stalin. Triumph and Tragedy*. Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1991. La edición rusa es de 1988.

<sup>26</sup> Dimitri VOLKOGÓNOV: *Stalin...*, *op. cit.*, p.547.

escritas de puño y letra de Lenin y los demás 3.000 documentos que llevan su firma»<sup>27</sup>, constituye un devastador ataque a la figura del principal protagonista de la revolución, en la que se argumenta con énfasis respecto de la continuidad entre el leninismo y el estalinismo:

Es concebible, como se ha dicho a menudo, que Lenin no hubiese exterminado a sus camaradas del Politburó como lo hiciera Stalin, y cuesta imaginar que hubiese llevado a cabo la colectivización a costa de la vida de millones de campesinos (...) No obstante, con Lenin hasta la forma «moderada» del comunismo hubiese sido en esencia bolchevique. El terror y la colectivización hubiesen existido y lo mismo la cacería de «impuros». El sistema creado por él no podía funcionar de otro modo, y los matices sólo hubiesen sido de escala<sup>28</sup>.

Puede afirmarse que esta postura fue la que se impuso mayoritariamente a nivel de divulgación durante la década del 90, más allá del hecho de que, como veremos, en los ámbitos académicos la misma fue objeto de algunas matizaciones.

## 2.b) *La continuidad en la historiografía occidental.*

La dedicación de los historiadores anglosajones a los temas soviéticos a partir de fines de la Segunda Guerra Mundial tropezó sin duda con las fuertes limitaciones provenientes de la escasa disponibilidad de fuentes, pero el rumbo de los estudios estuvo determinado por el ya citado clima de la Guerra Fría, y dentro del mismo la tesis fundamental surgía con claridad: el leninismo y el estalinismo eran una y la misma cosa, tanto política como ideológicamente. La importancia de la discusión respecto de la continuidad o no es considerada de tal significación que uno de los estudiosos del tema llegó a afirmar lo siguiente: «dime tu interpretación de la relación entre Bolchevismo y Estalinismo y te diré como interpretas casi todos los acontecimientos de significación que se produjeron entre ambos»<sup>29</sup>.

Contra lo que pudiera pensarse tratándose de un tema tan complejo, el mismo no generó un debate significativo hasta la década de 1960: las pa-

---

<sup>27</sup> Dimitri VOLKOGÓNOV: *El verdadero...*, *op. cit.* Presentación.

<sup>28</sup> *Ibidem...*, *op. cit.* p. 396.

<sup>29</sup> Stephen COHEN: «Bolshevism and Stalinism», en R.C. TUCKER (ed.): *Stalinism...*, *op. cit.*

labras «bolchevique», o«estalinista», «leninista» se usaban casi siempre de manera intercambiable. Existía un generalizado consenso respecto a que el estalinismo era la lógica e incluso inevitable prolongación del bolchevismo.

La idea de continuidad estaba tan extendida que estudiosos a priori proclives a analizar positivamente el proceso revolucionario pero que a su vez tomaban distancia de las posiciones estalinistas, como el marxista de origen polaco Isaac Deutscher o el británico Edward H. Carr, también manifestaron posiciones que recogían la validez en algún sentido de estas concepciones dominantes.

Autor de una extensa y valiosa biografía de Trotsky<sup>30</sup>, Deutscher, en algún momento militante trotskista, sostiene, en una obra sobre Stalin, que «a pesar de traicionar dos de los principios básicos del bolchevismo —el internacionalismo y la democracia proletaria—, la idea y la tradición bolchevique permanecieron como la idea y la tradición dominantes en la Unión Soviética [durante el período estalinista. J.S.]»<sup>31</sup>.

Carr, por su parte, conocido en todo el mundo por su monumental trabajo sobre la revolución bolchevique, que concluye antes del encumbramiento de Stalin<sup>32</sup>, no obstante llama la atención en algunos de sus escritos respecto de las diferencias entre Lenin y Stalin, afirma que éste «llevó adelante una revolución no menos trascendental que la Revolución de 1917 (y en muchos sentidos su consumación lógica y necesaria)»<sup>33</sup>.

Estas referencias, que sin duda pueden ampliarse, dan cuenta, por lo menos en principio, de la necesidad de la izquierda occidental de pertrecharse frente a la existencia de un escenario particularmente adverso como el de la Guerra Fría. Esta realidad conducía casi inevitablemente a «apretar las filas» en defensa de lo que se dio en llamar «el socialismo realmente existente».

Para mostrar los argumentos que sostuvieron la postura «continuista» desde una perspectiva conservadora hemos seleccionado el trabajos de

<sup>30</sup> Isaac DEUTSCHER: *Trotsky, El profeta armado*. México, ERA, 1984; *ibidem: Trotsky. El profeta desarmado*. México, ERA, 1985; *ibidem: Trotsky. El profeta desterrado*. México, ERA, 1979.

<sup>31</sup> Isaac DEUTSCHER: *Stalin. Biografía política*. México, ERA, 1988, p. 216. Una dura crítica a la obra de Deutscher proviene de Pierre Broué, quien afirma que Deutscher «arregla las cuentas con su antiguo maestro». Pierre BROUÉ: *Trotsky*. Paris, Fayard, 1988.

<sup>32</sup> Edward H. CARR: *Historia de la Rusia Soviética*. 4 partes en 14 volúmenes. Madrid, Alianza, 1972-1984.

<sup>33</sup> Edward H. CARR: *Estudios sobre la Revolución*. Madrid, Alianza, 1970, p. 216.

dos de los más valorados historiadores occidentales de temas soviéticos durante los años de la posguerra, Merle Fainsod y Adam B. Ulam.

Es preciso destacar que estas visiones del estalinismo estaban acompañadas de su caracterización como régimen «totalitario», concepto que en sí mismo requiere un análisis particular, en la medida que ha constituido uno de los temas más polémicos de la posguerra<sup>34</sup>.

Merle Fainsod, profesor de la Universidad de Harvard fue uno de los primeros «soviólogos» de la posguerra y su obra principal, *How Russia is ruled*, cuya primera edición es de 1953, constituyó un análisis detallado del régimen soviético realizado desde la perspectiva que emergía de los avatares de la guerra fría<sup>35</sup>.

En su detallado texto se revisan las características del dominio del Partido Comunista de la Unión Soviética, así como también los instrumentos utilizados para el ejercicio del poder. En relación con el tema que nos ocupa, la posición del autor es, en una mirada de largo plazo, que el régimen soviético cambió a lo largo de las décadas que transcurrieron desde 1917, una situación normal teniendo en cuenta que a la revolución siguió una sangrienta guerra civil, una serie de conmociones internas, la complicada construcción de una potencia industrial y las dramáticas vicisitudes de la invasión nazi. Sin embargo, en sus palabras, «el futuro está, de cualquier manera, contenido en el pasado, tanto en los límites que puede alcanzar como en las potencialidades que puede desarrollar»<sup>36</sup>.

La idea de «continuidad» queda así expresada de una manera muy amplia: la obra de Stalin iba incluso más allá del legado bolchevique:

(...) fue la construcción de un edificio totalitario que combinaba la herencia revolucionaria y autoritaria del leninismo, el nacionalismo tradicional del zarismo, la función estabilizadora de las instituciones sociales conservadoras, la dinámica proveniente de la rápida industrialización, y el aparato de terror de un estado policial<sup>37</sup>.

La línea de conexión Lenin-Stalin la ubica Fainsod en varias cuestiones, pero el papel del Partido es crucial para fundamentar el argumento de la continuidad. En su visión, la postura de Lenin en cuanto a fortalecer la

---

<sup>34</sup> Para un estudio de esta cuestión, ver E. TRAVERSO: *Totalitarismo. Historia de un concepto*. Buenos Aires, Eudeba, 2001.

<sup>35</sup> Merle FAINSOD: *How Russia is ruled*. Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1963.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 577.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 116.

disciplina del Partido y consolidar el centralismo, si bien nunca fue más allá de la expulsión de los disidentes, sentó las bases para que Stalin más tarde impusiera el aniquilamiento de toda oposición. En sus palabras,

(Lenin. J.S.) fue responsable de la concepción de que toda oposición dentro del Partido debía ser extinguida. Dado que el Partido conducía la vida política de la nación y establecía un rígido control sobre la misma, la cúpula del Partido se convirtió en el exclusivo depositario del poder y la ortodoxia. El Partido se transformó en una formación militar rígida y jerárquica en la cual el deber de las capas inferiores era el de obedecer y la obligación de los líderes era la de mandar. Los pronunciamientos de Stalin eran tomados como la manifestación de la sabiduría divina; sus decisiones no podían ser cuestionadas<sup>38</sup>.

Por su parte, Adam B. Ulam, académico vinculado también en su momento con la Universidad de Harvard, publicó varios libros sobre diferentes temas vinculados con la Unión Soviética<sup>39</sup>. Para nuestro análisis, su voluminosa biografía de Stalin, publicada en 1973 y reeditada en 1989<sup>40</sup> constituye la aportación más significativa. Decidido defensor de la importancia de las individualidades como hacedoras de la historia, sin embargo, en el Prefacio al preguntarse, entre otras cosas, cual fue el secreto del poder de su biografiado, la respuesta es la siguiente:

Las respuestas deben ser elaboradas no sólo a partir del carácter y de la vida de Stalin, sino de la historia del movimiento y de la sociedad en la cual se desarrolló su fantástica carrera y en la que tuvo éxito en forjar su imagen<sup>41</sup>.

En cuanto a la perplejidad que generaba, por ejemplo, el hecho de que sus colaboradores —incluyendo hombres que tenían parientes torturados y ejecutados por el régimen— mantuvieran una ciega obediencia hacia su persona, es explicada sosteniendo que: «sólo el más fatuo de los moralistas puede negar que el Estalinismo es un ejemplo de un sistema social opresivo que funcionaba en los términos de sus mismas premisas»<sup>42</sup>.

---

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 148.

<sup>39</sup> Por ejemplo, su estudio sobre Lenin y los bolcheviques: Adam B. ULAM: *Los Bolcheviques*. Barcelona, Grijalbo, 1965.

<sup>40</sup> Adam B. ULAM: *Stalin. The Man and his Era*. Barcelona, Pluto, 1989.

<sup>41</sup> *Ibidem*, VII.

<sup>42</sup> *Ibidem*, 14.

Y esas premisas surgían del régimen instaurado en octubre de 1917; Stalin le dio su impronta, pero muchas de las decisiones que adoptó estaban en la tradición de los bolcheviques. Así, por ejemplo, la política respecto a los campesinos, que se definió a fines de la década de 1920 con la decisión de Stalin impulsar la colectivización masiva, sintonizaba con la visión que en general se tenía de la cuestión. En esa línea de argumentación, apartándose de cualquier consideración económica,

el «gran salto adelante» impulsado por Stalin sólo puede ser entendido a partir de la tradición de temor casi supersticioso que caracterizaba la manera en que prácticamente todos los Marxistas Rusos veían a los campesinos de Rusia<sup>43</sup>.

Por lo tanto, más allá de valorar la personalidad de Stalin como decisiva para la conformación del régimen que creó y controló durante un cuarto de siglo —y en este sentido Ulam profundiza en ese tema destacándolo como fundamental—, se despliegan argumentos que insisten en la existencia de importantes elementos de continuidad en las líneas generales de la política instrumentada. Para resumir de manera concluyente este punto, en el Prefacio a su obra sobre los bolcheviques afirma lo siguiente:

La índole del Estado soviético estaba perfectamente determinada cuando murió Lenin. Stalin aniquiló a la vieja guardia bolchevique, pero el Estado que estableció Lenin continúa hasta hoy con el sello de su paradójica personalidad. Hasta los más típicos elementos de la Rusia de Stalin, como «el culto a la personalidad» y las purgas, se explican parcialmente y tienen origen en la forma y circunstancias de la jefatura que Lenin ejerció en el movimiento bolchevique<sup>44</sup>.

En las décadas de 1970 y 1980 se verificó el surgimiento, sobre todo en el ámbito anglosajón, de una nueva corriente de historiadores, reflejo en buena medida del clima que se produjo en la Guerra Fría a partir de ideas como las de la «coexistencia pacífica». En ese momento se concretó una primera aproximación —muy limitada— a los archivos soviéticos, al tiempo que se crearon las condiciones como para que tuvieran espacio y audiencia investigaciones más elaboradas que se inscribían en el marco de la historia social, que tan positivos resultados estaba dando en otros ámbi-

---

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 249.

<sup>44</sup> Adam B. ULAM: *Los Bolcheviques...*, *op. cit.*, pp. 7-8.

tos de estudio. Algunos de los historiadores que empezaron a desarrollar su vida académica en esos años se enrolaban dentro del marxismo, aunque ninguno tuvo una militancia activa.

Estos estudios enfatizaban diferentes temas, siendo su idea motriz la importancia que otorgaban al análisis de los aspectos sociales, la llamada «historia desde abajo». Numerosos trabajos se publicaron en relación con el tema de la Revolución rusa<sup>45</sup>, intentando mostrar que la sociedad soviética era algo más que un objeto pasivo frente a la manipulación del régimen. Algunos de los representantes de esta corriente, denominada «revisiónismo», también se dedicaron al estudio del estalinismo.

Entre las líneas interpretativas que desplegaban en este último tema, los revisionistas incluían dos: una de ellas, la denominada «nueva cohorte»<sup>46</sup>, constituye el núcleo básico de lo que se ha denominado «estructuralismo», una visión que sostenía, en la cuestión que nos ocupa, la existencia de elementos de continuidad entre la revolución bolchevique y la «revolución» de Stalin<sup>47</sup>. Esa continuidad la estudian a partir de la idea de que la sociedad bajo el estalinismo conformaba un todo dinámico caracterizado por la movilidad social ascendente y descendente, en el que la coerción estatal fue una respuesta a los problemas emergentes del control de los cambios que se estaban produciendo en el proceso de «construcción del socialismo»<sup>48</sup>.

La otra corriente explicativa, que abordaremos más adelante, es la desarrollada por algunos historiadores de importancia no pertenecientes a la corriente principal del revisionismo, como Moshe Lewin y Stephen Cohen; su argumento central lo constituye la idea de ruptura entre estalinismo y leninismo, a partir de la discusión de los diferentes caminos que eventualmente pudo tomar la revolución.

---

<sup>45</sup> Entre ellos, por citar sólo algunos de excelente nivel, Stan SMITH: *Red Petrograd. Revolution in the Factories, 1917-1918*. Cambridge, Cambridge University Press, 1985; Daniel H. KAISER (ed.): *The Workers' Revolution in Russia, 1917. the View from Below*. Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1987; Diane KOENKER y William.G. ROSENBERG: *Strikes and Revolution in Russia, 1917*. Princeton, Princeton University Press, 1989.

<sup>46</sup> Ése es el nombre que le dio Sheila Fitzpatrick, su principal vocera.

<sup>47</sup> Sheila FITZPATRICK: *The Russian Revolution*. Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1994. En ese texto, la autora afirma que la revolución de 1917 y la de 1929 «fueron parte de un mismo proceso», de la misma manera que las guerras napoleónicas pueden ser incluidas «en nuestra conceptualización de la Revolución Francesa».

<sup>48</sup> Linne VIOLA: *The Best Sons of the Fatherland. Workers in the Vanguard of Soviet Collectivization*. Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1987; J. ARCH GETTY: *Origins of the Great Purges: The Soviet Communist Reconsidered, 1933-1938*. Cambridge, Cambridge University Press, 1985, son algunos de los trabajos realizados en esta línea.



Sin embargo, estos dos temas no agotaron las preocupaciones por el análisis del estalinismo desde una perspectiva «heterodoxa», apartada de los cánones impuestos por el anticomunismo de la Guerra Fría; por ello revisaremos inicialmente algunas aportaciones que consideramos relevantes y que sin duda se insertan dentro de la visión de que el estalinismo constituye, en medida variable de acuerdo a la argumentación de cada uno, la plasmación de lo que los bolcheviques aspiraban a realizar cuando tomaron el poder en octubre de 1917:

En primer término nos referiremos a la idea, desarrollada sobre todo por el profesor Robert C. Tucker, de que el estalinismo constituye una «revolución desde arriba», expresión que no era nueva pero que él desarrolló de manera amplia. Este historiador, autor de una biografía de Stalin en dos volúmenes que concluye en 1941<sup>49</sup>, sostiene que a pesar de que el estalinismo contenía muchos elementos conservadores y reaccionarios, constituyó un fenómeno revolucionario, una parte integral del proceso revolucionario ruso entendido como un todo.

El texto más importante de Tucker sobre el tema se denomina justamente «Stalinism as Revolution from Above», dado a conocer en un congreso realizado en 1975<sup>50</sup>. El núcleo de su argumentación puede ser resumido con sus propias palabras:

En la más amplia visión que se maneja aquí, la Revolución se extendió a lo largo de algo más de dos décadas. Expresándolo de otra manera, el período de la NEP fue descalificado por los bolcheviques como un «intervalo de relativa quietud». Otras alternativas, como se ha sugerido, eran imaginables. Pero a partir de *todos* los factores en juego, incluyendo el papel personal de Stalin, la alternativa que se dio fue la que indica la historia. La NEP, entonces, fue un intervalo entre dos fases del proceso de la Revolución Rusia<sup>51</sup>.

Este esquema de razonamiento despliega una idea concreta: la concepción de que la «revolución desde arriba» forma parte de la tradición leninista, pero ciertamente ésta no es manera alguna única. Entonces, el giro que se produjo a fines de la década de 1920 no estaba fundamental-

---

<sup>49</sup> Robert C. TUCKER: *Stalin as Revolutionary, 1879-1929*. Nueva York y Londres, Norton, 1974; *Ibidem: Stalin in Power. The Revolution from Above, 1928-1941*. Nueva York y Londres, Norton, 1990.

<sup>50</sup> Robert C. TUCKER (ed.): *Stalinism. Essays in Historical Interpretation*. Nueva Jersey y Londres, Transaction Publishers, 1999.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 79.

mente originado en la coyuntura particular, afectada por los problemas de abastecimiento de granos y la agudización del enfrentamiento con los *kulaks*, sino porque la política de colectivización puesta en marcha por el estalinismo constituía una opción que muchos dirigentes bolcheviques consideraban perfectamente en línea con la cultura revolucionaria conformada durante la Guerra Civil. Esa opción era posible porque

representaba, en parte, una apelación a las prácticas bolcheviques del Comunismo de Guerra, y esa orientación triunfó por la subsistencia de las mismas y no sólo, como algunos han pensado, debido al poder adquirido por Stalin desde su puesto de Secretario general<sup>52</sup>.

Esta idea de continuidad la despliega Tucker en un arco temporal mayor afirmando, en la línea de los análisis que hemos citado de Fainsod, que la «revolución desde arriba» implementada por Stalin tiene una historia que se remonta a la cultura política de la Rusia zarista. A partir de este enfoque, las purgas de 1937 constituirían un momento crucial en el proceso de restauración de una autocracia absoluta en Rusia.

Analizando así la cuestión, Tucker pone en primer plano un nuevo debate, que no trataremos aquí, respecto del carácter moderno o tradicional del estalinismo<sup>53</sup>.

Desde otra perspectiva, es imprescindible destacar los aportes provenientes de una obra singular, publicada durante la década de 1990, cuando, como veremos seguidamente, el empuje de las concepciones conservadoras era arrasador. Se trata de uno de los textos más originales vinculados con la historia de la Unión Soviética, *Magnetic Mountain*, escrita por Stephen Kotkin, profesor de la Universidad de Princeton, cuyo subtítulo es por demás elocuente: *Stalinism as a Civilization*<sup>54</sup>.

En la misma, un estudio focalizado en uno de los emprendimientos más ambiciosos del régimen, la ciudad de Magnitogorsk —destinada a albergar a los trabajadores del complejo siderúrgico de la región<sup>55</sup>—, se desarrolla el argumento de que el estalinismo se explica, por una parte, en relación con las ideas ilustradas, que aspiraban a la construcción de un or-

---

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 93.

<sup>53</sup> Sobre este tema, el texto que impulsó el debate fue el de Theodore H. VON LAUE: *Why Lenin? Why Stalin?* Filadelfia, Nueva York y Toronto, 1971.

<sup>54</sup> Stephen KOTKIN: *Magnetic Mountain. Stalinism as a Civilization*. Berkeley y Londres, California University Press, 1995.

<sup>55</sup> Para una visión crítica de la construcción de Magnitogorsk, puede consultarse Loren GRAHAM: *El fantasma del Ingeniero ejecutado*. Barcelona, Crítica, 2001.

den social racional y, a partir de las promesas formuladas por la ciencia, auguraba un futuro de progreso constante. En este aspecto, la Unión Soviética habría transitado una vía particular para concretar uno de los logros de la historia contemporánea europea, la conformación del estado de bienestar: «lejos de ser vista como un caso patológico (...), en una narración de la historia del estado de bienestar aparece como un modelo cuyo éxito inexplicable desafía y obliga a responder al resto del mundo»<sup>56</sup>.

Pero, por otra parte, en su visión, retomando alguna de las ideas de Tucker, el estalinismo revivió el utopismo revolucionario de la Guerra Civil, parcialmente abandonado a partir del establecimiento en 1921 de la Nueva Política Económica, que reintrodujo el comercio entre particulares y la propiedad privada de los medios de producción. A pesar de su éxito, «aun para muchos de aquellos que apoyaban la NEP, la revolución parecía haber perdido mucho de su ímpetu»<sup>57</sup>.

Por lo tanto, la dinámica política que a fines de la década de 1920 culminó en el llamado «gran salto adelante», tuvo consecuencias de enorme importancia:

prometía no sólo asegurar el control político del régimen sobre todo el territorio sino también alcanzar lo que Rusia no había logrado en varios siglos: ser una indiscutida gran potencia y, lo que era más, un ejemplo para la admiración y la emulación del resto del mundo, de *construcción del socialismo*<sup>58</sup>.

Esta idea de que la «revolución de Stalin» fue «la» revolución —más que la de octubre de 1917—, constituye un reforzamiento extremo de la teoría de la continuidad, en tanto fue como consecuencia del estalinismo que emergieron realmente las nuevas estructuras sociales, económicas, políticas y culturales que luego se prolongaron durante más de medio siglo.

La obra de Kotkin es original en varios aspectos, pero en relación con la temática que estamos abordando, es importante destacar que su análisis del microcosmos que constituyó *Magnitogorsk* lo lleva a sostener que

cuando miramos con detenimiento la situación de la URSS en los años 30 vemos que los resultados de la construcción del socialismo no fueron enteramente lo que los Bolcheviques pretendían (es decir lo que

---

<sup>56</sup> S. KOTKIN: *Magnetic...*, *op. cit.*, p. 20.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 16.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 17.

el partido pensaba que iba a ocurrir a partir de sus disposiciones). Sin embargo, esto no quiere decir que las intenciones deben ser ignoradas o descartadas. A pesar de que es necesario mirar más allá, esas intenciones, programas y políticas son responsables de los escenarios en los cuales actúan los individuos<sup>59</sup>.

La insistencia que Kotkin pone en todo el trabajo destacando justamente el hecho de que, incluso en una dictadura como la de Stalin, los individuos organizan su actividad vital cotidiana y procesan las normas que les son impuestas, llegando a cierto grado de transformación del régimen en el cual actúan, no modifica la concepción de que la Rusia stalinista constituyó la concreción «posible» de los objetivos que los bolcheviques se plantearon al desencadenar la revolución. Esta visión de la problemática lo ubica entre los representantes tardíos de la «nueva cohorte», enfrentando el «triumfo» de las posturas continuistas.

\* \* \*

En un ámbito académico hegemonizado por las posturas revisionistas, la idea de la continuidad en su versión conservadora siguió teniendo sus calificados defensores, los que, por supuesto, se afirmaron en sus posiciones tras los acontecimientos de 1989-91. Entre éstos, es sin duda el estadounidense Richard Pipes, profesor de la Universidad de Harvard, el más respetado e influyente. Asesor en su momento del presidente Ronald Reagan en los asuntos de Europa Oriental, Pipes, este «incansable combatiente de la Guerra Fría»<sup>60</sup> no es un especialista en el período estalinista; sus obras más conocidas constituyen un largo relato que comienza en el período zarista y concluye con la muerte de Lenin<sup>61</sup>. De su lectura puede inferirse su adhesión a la concepción continuista, pero reforzando de manera concreta esta posición, en una muy sesgada síntesis del período comunista publicada recientemente se expide de manera concluyente:

Fue Lenin quien dio origen a los poderes despóticos que ejerció Stalin. Fue Lenin el que introdujo el terror masivo con la toma de rehenes y los campos de concentración; quien utilizó las leyes y tribunales para

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 21.

<sup>60</sup> Así lo definió Ronald KOWALSKI: *The Russian Revolution. 1917-1921*. Londres y Nueva York, Routledge, p. 8.

<sup>61</sup> Richard PIPES: *The Russian Revolution*. Nueva York, Vintage, 1990; *ibidem*: *Russia under the Bolshevik Regime*. Nueva York, Vintage, 1995; *ibidem*: *Three «whys» of the Russian Revolution*. Nueva York, Vintage, 1995.

«justificar y legitimar el terror»; quien autorizó los artículos 57 y 58 del Código Penal, cajón de sastre que Stalin utilizaría para ejecutar y encarcelar a millones de ciudadanos inocentes. Y fue Lenin quien hizo que el partido aprobara una resolución ilegalizando las «facciones», lo que permitiría a Stalin deshacerse de cualquiera que se mostrara en desacuerdo con él, tildándolo de «desviacionista». La dictadura personal era algo inherente al sistema que Lenin había creado, a pesar de que él personalmente prefiriera actuar de forma más colectiva. De «el partido siempre tiene razón» a «el líder del partido siempre tiene razón» no había más que un paso<sup>62</sup>.

También Martin Malia, profesor, entre otras, en la Universidad de Berkeley, es un historiador ampliamente conocido como soviólogo. Autor de algunos trabajos reconocidos sobre la revolución desde una perspectiva conservadora<sup>63</sup>, tras el derrumbamiento de la Unión Soviética produjo su obra de mayor envergadura, dedicada a estudiar el conjunto de la experiencia iniciada en octubre de 1917<sup>64</sup>. En ella se defiende el argumento que atribuye un papel decisivo a la ideología bolchevique tanto sobre el sistema soviético en general como sobre el estalinismo en particular. Ella es justamente la que explica la continuidad de la dinámica revolucionaria en su objetivo de alcanzar el socialismo:

El factor que impulsó la Segunda Ofensiva Bolchevique [*la colectivización del campo y la industrialización planificada*. J.S.] fue el mismo que impulsó la primera: la vocación misma del Partido de constituirse en el vehículo político-militar destinado a conducir a la humanidad al socialismo. El Partido no tenía otra razón de existir. Hacia 1929, después de 12 años de vana espera de la llegada del socialismo, llegó la hora de forzar el rumbo de la historia a través de un acto de voluntad<sup>65</sup>.

En una dura crítica al conjunto de la obra de la revisionista Sheila Fitzpatrick publicada recientemente<sup>66</sup>, Malia destaca, en la misma línea, que el socialismo marxista constituye la «utopía moderna por antonomasia; por lo tanto, la experiencia soviética en su conjunto fue el intento de

---

<sup>62</sup> Richard PIPES: *Historia del comunismo*. Barcelona, Mondadori, 2002.

<sup>63</sup> El más conocido es Martin MALIA: *Comprender la Revolución Rusa*. Madrid, Rialp, 1990.

<sup>64</sup> Martin MALIA: *The Soviet Tragedy: A History of Socialism in Russia, 1917-1991*. Nueva York, The Free Press, 1994.

<sup>65</sup> *Ibidem*: pp. 220-221.

<sup>66</sup> Martin MALIA: «Revolución cumplida». En: *Revista de Libros*, n.º 75. Madrid, 2003.

alcanzar «la meta social de un mundo nuevo más allá de todas las desigualdades y la explotación del capitalismo»<sup>67</sup>. En resumen: «el régimen soviético orientaba toda la actividad humana —económica, social y cultural— hacia un único fin ideológico absoluto, y utilizó el terror institucional para alcanzarlo»<sup>68</sup>. Hubo lugar a concesiones, como el período de la NEP, pero el rumbo estuvo marcada desde el principio, y en ella la sociedad era simplemente víctima del accionar de un estado totalitario.

En ambos casos, la lectura deja como saldo una visión historiográfica triunfalista: los aportes de los revisionistas son desdeñados; la Guerra Fría ha concluido con la victoria de Occidente y los vencedores pueden afirmar con suficiencia, como hace Pipes, que «el comunismo no era una buena idea que salió mal, sino una mala idea»<sup>69</sup>.

### 3. La noción de ruptura

Desde que Stalin derrotó a sus adversarios a fines de la década de 1920 quedó instalada en algunos ámbitos de la izquierda la idea de que el rumbo de la revolución podría haber sido otro muy distinto, y a medida que se verificaba la consolidación de la dictadura estalinista estas posiciones adquirieron mayor fuerza, aunque sin duda en esos momentos prevalecieron los argumentos elaborados por Leon Trotsky.

#### 3.a) *La ruptura en la historiografía soviética*

Dadas las características represivas del estalinismo, para encontrarnos con posiciones rupturistas dentro de la historiografía soviética anterior al ya citado informe de Khrushchev respecto de los crímenes de Stalin es preciso sin duda referirse a figuras opuestas al régimen.

A partir de esta puntualización, no cabe duda que la idea de que el estalinismo constituía una desviación respecto de los postulados surgidos de la Revolución de octubre está asociada a la obra y el accionar de Trotsky. Es bien conocida su trayectoria política, sobre todo desde su incorporación al Partido Bolchevique en julio de 1917 hasta su trágica muerte a manos del estalinismo en 1940.

---

<sup>67</sup> *Ibidem.*

<sup>68</sup> *Ibidem.*

<sup>69</sup> R. PIPES: *Historia...*, *op. cit.*, p. 185.

Los avatares de su vida política lo llevaron, como sabemos, a enfrentarse con Stalin durante varios años por el poder dentro de la Unión Soviética, y una vez desalojado del mismo y expulsado del territorio soviético, su actividad política y propagandística estuvo determinada por la lucha contra su contrincante. El término «estalinismo» aparece por primera vez en sus escritos hacia mediados de los años 20, y es preciso destacar que hasta 1935 sus duras críticas no incluían la idea de que el estalinismo implicara una ruptura respecto de los principios bolcheviques. Sostenía que Stalin era el principal dirigente de la corriente «centrista», definida como «la cobertura de izquierda del reformismo», y en muchas ocasiones lo acusó también de desviaciones burocráticas. Sin embargo, en ninguno de sus escritos se ponía en discusión la idea de que el estalinismo estaba efectivizando la construcción del socialismo, si bien la manera como se estaba desarrollando el proceso lo volvía vulnerable a intentos contrarrevolucionarios impulsados por las potencias capitalistas y por grupos hostiles situados en el interior.

A comienzos de 1935, sin duda como consecuencia del impacto del triunfo de Hitler y el establecimiento de la dictadura nazi, al que Stalin contribuyó con sus erróneos análisis respecto de su importancia —lo que derivó en funestas posturas por parte de la III Internacional y del Partido Comunista Alemán—, Trotsky modificó radicalmente su concepción del estalinismo, comenzando a caracterizarlo como «bonapartismo» o «período termidoriano». La utilización de estas expresiones denotaba la vinculación que los bolcheviques establecían entre su revolución y la francesa, viéndose a sí mismos como jacobinos dispuestos a llevar adelante su propio proyecto<sup>70</sup>.

La expresión «degeneración termidoriana» ya había empezado a utilizarse en los años 1926-27 por parte de quienes, junto a Trotsky, conformaban la llamada Oposición de Izquierda en contra de Stalin. En esos momentos, se la definía como la alianza entre la burocracia instalada en el aparato del Estado y la burguesía rural y urbana, beneficiaria de la orientación que caracterizó a la NEP. La historia inmediatamente posterior mostró lo erróneo de la caracterización, y durante algún tiempo Trotsky prefirió recurrir a términos más vagos, como «tendencias termidorianas» o similares.

En cambio, a partir de 1935 su utilización se hizo frecuente, aunque con un sentido sin duda distinto: la irrupción de la «degeneración termi-

---

<sup>70</sup> Figes y Kolonitskii han destacado la significación revolucionaria que tenía entonar «La Marsellesa» en el período entre febrero y octubre. Orlando FIGES y Boris KOLONITSKII: *Interpretar la Revolución Rusa*. Valencia, Biblioteca Nueva, 2001.

doriana» se habría producido inmediatamente después de la muerte de Lenin e implicaba el ascenso de un grupo social, la burocracia, que por una parte aseguraba la propiedad estatal de los medios de producción, pero por otra se beneficiaba de su posición obteniendo privilegios y detentando un enorme poder. En su conocida obra de 1936, *La revolución traicionada*<sup>71</sup>, fundamentó de manera inequívoca su postura, que sin duda estaba orientada mucho más a la concreta acción política que a enriquecer el análisis académico.

La definición es clara: el Termidor soviético es «la victoria de la burocracia sobre las masas»<sup>72</sup>, concretada como consecuencia de la crisis que genera la guerra civil, uno de cuyos resultados fue la destrucción y demoralización de la vanguardia revolucionaria. Por lo tanto, en el momento en el que se ha producido la expropiación de los explotadores y todavía el nuevo régimen no ha podido desarrollar sus actividades económicas y culturales, la burocracia —«los funcionarios privilegiados y los mandos del ejército permanente»— asume las tareas de coerción sobre las masas en un escenario caracterizado por la represión de toda disidencia dentro del Partido Bolchevique. Esta reorientación de la revolución en su beneficio se produce desarrollando tácticas sucesivas destinadas a afianzarse en el poder a expensas de sus enemigos, primero la vanguardia proletaria —a la que derrota ayudada por la pequeña burguesía— y más tarde los *kulaks*, cuando estos campesinos acomodados se volvieron amenazantes. «¿Sabotaje del socialismo? Evidentemente; pero también consolidación de la casta gobernante»<sup>73</sup>.

Se constituye entonces un régimen «bonapartista» de un nuevo tipo: si el bonapartismo en su forma burguesa aparece en una situación de enfrentamiento colocándose por encima de la nación —aunque en el fondo defendiendo a los privilegiados—, el estalinismo es una de sus variedades, conformada «sobre las bases del Estado obrero desgarrado por el antagonismo entre la burocracia soviética organizada y armada y las masas laboriosas desarmadas»<sup>74</sup>.

A pesar de esta visión rupturista, es preciso matizar la posición de Trotsky: más allá de todas sus críticas, de insistir en la radical incompatibilidad entre el bolchevismo y el estalinismo, defiende siempre la idea de que el Estado soviético continuaba siendo un Estado obrero, a partir del

---

<sup>71</sup> Leon TROTSKY: *La Revolución...*, *op. cit.*

<sup>72</sup> *Ibidem*, p. 93.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 225.

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 229.



hecho de que determinadas transformaciones estructurales —la nacionalización de la industria, la planificación, la agricultura colectivizada— seguían vigentes.

Los cuestionamientos que se han formulado a las argumentaciones de Trotsky, prolongadas por sus seguidores, han sido muy variadas: por ejemplo, el conocido historiador británico hijo de exiliados mencheviques Alec Nove, afirma que «Stalin fue muchas cosas, pero con seguridad no la expresión de los estrechos intereses de la elite burocrática. El temía su consolidación, y la castigó sin piedad»<sup>75</sup>. Por su parte, Stephen Cohen, de quien hablaremos unas páginas más adelante, entre otras cuestiones destaca con énfasis que «debe ser explicado cómo una burocracia, la cual es definida como profundamente conservadora, pudo haber decidido y realizado una política tan radical y peligrosa como la colectivización forzosa»<sup>76</sup>.

Sin embargo, creemos que el comentario más justo respecto de la visión de Trotsky del estalinismo es el de afirmar que estaba demasiado comprometido políticamente como para percibir con claridad el proceso que estaba intentando analizar.

\* \* \*

Otra aportación significativa vinculada con la posición rupturista proveniente de la Unión Soviética la encontramos ya en la época dominada por Brezhnev, en la obra del disidente Roy A. Medvedev.

Hijo de un conocido filósofo marxista, Alexander R. Medvedev, y hermano gemelo de Zhores, prestigioso biólogo y gerontólogo, Roy fue asimismo un profesor de filosofía y pedagogo, cuya irrupción en la historia se produjo a partir de las revelaciones realizadas por Khrushchev en la sesión secreta del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética celebrado en 1956. A partir de allí se dedicó al estudio de la historia soviética, publicando en 1968 un libro que tuvo gran repercusión, *Que juzgue la Historia*<sup>77</sup>, escrito desde una perspectiva marxista que intentaba recuperar los principios bolcheviques frente a las distorsiones impuestas por el estalinismo.

El objetivo principal de la obra es, explícitamente, la denuncia del régimen de terror implementado por Stalin dado que, en sus palabras, «sa-

---

<sup>75</sup> Alec NOVE: *Stalinism and After. The Road to Gorbachev*. Boston, Unwin Hyman, 1975, p. 60.

<sup>76</sup> S. COHEN: «Bolshevism...», *op. cit.*, 26-7.

<sup>77</sup> Roy A. MEDVEDEV: *Que juzgue la Historia*. Barcelona, Destino, 1971.

bemos ahora que (los excesos represivos. J.S.) fueron tan grandes que sería un crimen guardar silencio con respecto a ellos»<sup>78</sup>. La perspectiva para quienes abordaran la crítica, exigía ser «responsables y cuidadosos», dado que la misma podía llevar a conclusiones equivocadas: «algunas personas, no sólo en el campo enemigo, sino incluso en la URSS utilizan los cuestionamientos al estalinismo para rechazar lo que no puede ni debe ser rechazado»<sup>79</sup>.

Como se puede apreciar en este párrafo, toda su aportación está atravesada por la cuestión, crucial en los años 60 y 70 para un defensor de la Revolución de Octubre, de mostrar la ruptura que significó Stalin y el «culto a la personalidad» sin renunciar a los principios marxistas-leninistas, al legado socialista. El libro en toda su extensión constituye una disección del régimen instaurado por el dictador, así como también un estudio del proceso de su ascenso al poder y de las condiciones que lo facilitaron. Su argumentación parte de la hipótesis, alejada de toda posible aproximación a la vertiente determinista del marxismo, tan al uso en la Unión Soviética durante el período estalinista, de que las opciones de evolución del régimen eran varias. Así, sostiene, en una visión que se vincula con lo expresado por Tucker que

en cada situación dada, existen diversas posibilidades de evolución y desarrollo. El triunfo de tal o cual, entre todas ellas, depende, no sólo de factores y condiciones objetivas, sino que muchas son subjetivas y sus factores, evidentemente accidentales<sup>80</sup>.

Por lo tanto, en sus análisis, a pesar de que durante el período en el cual Stalin dispuso de todo el poder se concretaron logros fundamentales para el pueblo soviético, el balance es global es negativo, y esto es así porque

el estalinismo no puede considerarse como el marxismo-leninismo o el comunismo vigentes por espacio de casi tres décadas. Son éstas una muestra de las perversiones que Stalin logró introducir en la teoría y en la práctica del movimiento comunista. Se trata de un fenómeno profundamente ajeno al marxismo y al leninismo. Es sólo pseudo-comunismo y pseudosocialismo<sup>81</sup>.

---

<sup>78</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>79</sup> *Ibidem*, pp. 27-28.

<sup>80</sup> *Ibidem*, p. 390.

<sup>81</sup> *Ibidem*, p. 595.

En cuanto a la respuesta a por qué fue posible Stalin, de su elaborada argumentación pueden extraerse dos cuestiones de importancia en relación con el tema que estamos analizando. Por una parte, el centralismo característico del bolchevismo era defendido como imprescindible para dirigir el proceso posrevolucionario, «pero tenía que haberse moderado con garantías efectivas contra el abuso del poder»<sup>82</sup>. Surgía entonces el riesgo real de deslizamiento hacia el centralismo burocrático «y de allí al despotismo». En su visión, la disciplina existente dentro del partido facilitó, llegado el momento, el proceso de «entrega incondicional y universal a las voluntades del secretario general, Stalin»<sup>83</sup>. No hubo control desde abajo para controlar los excesos.

Pero además, a la consolidación de la dictadura estalinista contribuyó también el atraso del pueblo ruso; como usualmente se sostiene, las masas pueden ser el más fuerte sostén del despotismo. Simplificando la situación, afirma que:

La dictadura de Stalin fue indudablemente parasitaria sobre los defectos de las masas revolucionarias rusas. Se valió hábilmente de la pasión revolucionaria de las masas, de su odio hacia los enemigos de la revolución, y del bajo nivel de aquéllas. Las consignas más que simplistas que lanzó en los años 30 —intensificación de la lucha de clases, destrucción de los «enemigos del pueblo»— captaron el clima de la masa y a través de ellas se constituyó una enorme fuerza material que sostuvo la dictadura estaliniana<sup>84</sup>.

En resumen, la defensa de Lenin y de la Revolución de octubre desplegada por Medvedev es acompañada por una visión del proceso posterior en la que, sin utilizar los mismos argumentos de Trotsky, sostiene que Stalin produjo una ruptura en su curso, «condujo a las más serias deformaciones, en la teoría y en la práctica, sufridas por la teoría y la práctica del socialismo en construcción»<sup>85</sup>.

\* \*

Como se ha comentado, el proceso de derrumbamiento de la Unión Soviética que se inicia con las reformas implementadas por Gorbachov, tuvo fuertes repercusiones en el campo de la historia. Desde las primeras manifestaciones de apertura en el campo político e informativo, el estali-

---

<sup>82</sup> *Ibidem*, p. 410.

<sup>83</sup> *Ibidem*, pp. 418-19.

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 460.

<sup>85</sup> *Ibidem*, p. 468.

nismo constituyó un centro especial de atención, y la toma de contacto del gran público con los crímenes del régimen potenció una serie de publicaciones que tuvieron un significativo éxito editorial. Desde el poder, durante el período de la *perestroika* hubo una reivindicación de la NEP como alternativa hacia un socialismo de tipo democrático; en esta línea, la figura de Lenin aparecía como la del estadista en condiciones de elaborar una estrategia destinada a establecer un rumbo para la revolución. Por lo tanto, había un implícito encolumnamiento detrás de la idea de que el triunfo del estalinismo había implicado la clausura de las posibilidades de desarrollo de las potencialidades emergentes de la Revolución de Octubre.

Esta mirada sobre el pasado se vio sujeta a ataques continuos a partir de 1988, y a ellos ya hemos hecho referencia; a medida que avanzaban las posiciones anticomunistas la concepción de que el régimen soviético había sido totalitario desde sus orígenes se transformó en algo así como un consenso implícito.

En ese nuevo escenario, la producción académica se orientó hacia cuestiones que se vinculaban con los nuevos caminos recorridos por la disciplina en el mundo occidental, como las asociadas al llamado «giro lingüístico» o al interés suscitado por la historia cultural. Por otra parte, la posibilidad de elaborar explicaciones de orden general con cierta seriedad implicaba un trabajo previo, una toma de contacto con una cantidad de trabajos a los cuales no se había tenido previo acceso, por lo que las nuevas generaciones de historiadores soviéticos —por lo menos los de formación más sólida— optaron acertadamente por la realización de trabajos más limitados en sus ambiciones. No obstante, podemos hacer referencia a algún abordaje que se relaciona con nuestra cuestión.

Como ejemplo, creo que merece destacarse el aporte de Oleg Khlevniuk, autor de una valorada biografía de uno de los «hombres fuertes» del régimen de Stalin, el georgiano Sergo Ordzhonikidze<sup>86</sup>. En la misma, se defiende la existencia de un estalinismo «blando», encarnado en la figura del Comisario para la Industria Pesada, que coincidía en líneas generales con el camino seguido por el régimen en la década de 1930, pero que tomaba distancia respecto de los excesos del «terror» impuestos por el dictador. En el curso de su análisis, Khlevniuk —coincidiendo con lo sostenido con Medvedev aunque utilizando argumentos diferentes— afirma con claridad que incluso dando por válidos los objetivos de la industrial-

---

<sup>86</sup> Oleg KHELVNIUK: *In Stalin's Shadow. The career of «Sergo» Ordzhonikidze*. Nueva York y Londres, M.E. Sharpe, 1995).

zación acelerada y de algún tipo de transformación en el campo, el estalinismo no era inevitable: «aun en los años 30 existían precondiciones en la sociedad soviética como para la implementación exitosa de un sistema más moderado, menos arbitrario, menos terrorista»<sup>87</sup>. El rumbo fue, entonces, el establecido por Stalin, en manera alguna el desenlace inevitable de la Revolución de Octubre.

### 3.b) *La ruptura en la historiografía occidental*

La clara hegemonía de las concepciones ortodoxas dentro de la historiografía occidental —entendiendo por tal la defensa de la idea de continuidad entre estalinismo y bolchevismo y la caracterización de aquél como totalitarismo— comenzó, como vimos, a ser desafiada por las corrientes revisionistas, pero dentro de ellas la noción de ruptura no ocupaba sin embargo un lugar central. Para encontrarnos con historiadores que sostengan esta postura hay que remitirse a figuras situadas en los márgenes de la línea principal.

En principio, creemos no equivocarnos si hacemos inicialmente referencia al conjunto de la obra del historiador de origen polaco Moshe Lewin. Su trayectoria vital es por demás interesante, ya que huyendo hacia la Unión Soviética tras la invasión alemana trabajó en una granja colectiva, sirvió en el ejército soviético, hasta finalmente dirigirse en 1946 hacia Occidente. Tras vivir varios años en Israel, comenzó a estudiar en Francia a principios de la década de 1960, con más de 40 años de edad, desarrollando más tarde una distinguida carrera académica universitaria en París, Nueva York, Birmingham y Filadelfia.

Los temas que abordó en sus investigaciones han sido muy variados, pero como bien se ha dicho en el libro que reúne una serie de ensayos en su honor, «Moshe Lewin es sobre todo un historiador del período Estalinista»<sup>88</sup>. A partir de esta caracterización, el campo de sus investigaciones es por demás amplio, abarcando lo que en los ámbitos académicos se denomina generalmente «historia social».

La primera de sus obras vinculada con las cuestiones que estamos tratando es su estudio de los últimos años de la vida de Lenin<sup>89</sup>; en ella se

---

<sup>87</sup> *Ibidem*, p. 176.

<sup>88</sup> Roland LEW: «Grappling with Social Realities: Moshe Lewin and the Making of Social History», en N. LAMPERT y G.T. RITTERSPORN: *Stalinism...*, *op. cit.*, p. 3.

<sup>89</sup> Moshe LEWIN: *El último combate de Lenin*. Barcelona, Lumen, 1970.

sostiene que el líder de la revolución bolchevique percibió con claridad las desviaciones que se estaban produciendo en el régimen y propuso alternativas que se centraban en la lucha contra la burocracia. Además, tomando conciencia finalmente las dimensiones del peligro que representaba Stalin para la marcha de la revolución propuso su destitución. Por otra parte, Lewin afirma que las posturas del «último» Lenin se habían orientado claramente hacia la implementación de políticas gradualistas, lo que excluye toda estrategia que apuntara hacia una «segunda revolución»:

Lenin ya no evoca la fuerza como «partera de una nueva sociedad», después de la toma del poder y del retorno de la paz; la nueva consigna en esta situación nueva es claramente seguir el camino de una evolución gradual<sup>90</sup>.

A partir de estas afirmaciones, Lewin planteaba, ya en sus primeros trabajos, la idea de que la política implementada por Stalin estaba en contradicción con las propuestas que tenía Lenin, por lo menos en el último período de su vida, respecto del futuro de la revolución.

En obras posteriores, Lewin profundizó en estos análisis, sosteniendo que en el curso de las transformaciones que se verificaron a lo largo de la década de 1920 se crearon las condiciones como para que surgiera un sistema llamado «estalinismo», de burocratización reforzada, de una estatización llevada a un extremo de violencia política sin precedentes, de la creación de un Estado hobbesiano:

con respecto al Leninismo original, el Estalinismo no sólo cambió la estrategia sino que también reorientó el sistema hacia muy diferentes objetivos. No se trataba ya de la construcción de la sociedad en las cuales las clases y el estado desaparecieran, pasando a través de una etapa de «socialismo», tal como ese término fue entendido por Marx, Engels, Lenin, y también varios socialistas Occidentales. Se trataba ahora de una cuestión de «estatización», esto es, del control del conjunto de la sociedad a través de un estado dictatorial, todopoderoso, con el objeto de preservar el sistema de clases y de privilegios que se instalaron durante el período de la industrialización forzosa<sup>91</sup>.

Esta visión rupturista iba acompañada de un análisis del proceso de conformación del estalinismo en el que se afirma que las gigantescas

---

<sup>90</sup> *Ibidem*, p. 165.

<sup>91</sup> Moshe LEWIN: *The Making of the Soviet System*. Nueva York, The New Press, 1994, p. 207.

transformaciones sociales surgidas a partir del dramático proceso de industrialización fueron controladas desde el poder a través de los medios que el Estado tuvo a su disposición —monopolio de la información, libertad casi absoluta para ejercer la coerción sobre la sociedad—; estábamos, en la visión de Lewin, frente al dominio de la superestructura estatal sobre una base social desorientada y sometida. Se trataba de la continuidad de un proceso en el que la tradición despótica del Estado se manifestaba desde la época del zarismo, y había persistido durante la primera etapa de la revolución. La ruptura cualitativa que implicó el establecimiento del estalinismo él la resume así:

Después de la etapa de «desarrollo sin emancipación» del período inicial, éste se transformó en una etapa de «desarrollo con opresión», que rápidamente se convirtió en una patología social y política completa<sup>92</sup>.

Para resumir las posiciones de Lewin, el estalinismo fue un producto de la industrialización, constituyendo una innovación en gran escala. En este sentido, la utilización de símbolos provenientes de la Revolución de Octubre no debe oscurecer la profunda transformación que se produjo en el partido gobernante y en su ideología; el bolchevismo fue distorsionado erigiéndose un poder estatal opresivo inédito.

Otro estudio de fuerte influencia en estos debates ha sido sin duda Stephen Cohen, profesor de la Universidad de Princeton. Su notable biografía del prestigioso dirigente bolchevique Nicolás Bujarin<sup>93</sup>, publicada en inglés en 1973, constituyó sin duda un hito en los estudios sobre la Revolución rusa y sus desarrollos posteriores.

Su tesis central, vinculada en alguna medida con las aportaciones de Lewin sobre el «último» Lenin, y sobre los intentos de reforma que se impulsaron en los años 20, es que la Nueva Política Económica, lejos de constituir un recurso provisorio, un «paso atrás» implementado en 1921 con el objetivo de superar la crisis provocada por el «comunismo de guerra», era una alternativa válida para avanzar en la tarea de construir el socialismo. El análisis de Cohen destacaba las líneas principales del pensamiento de Bujarin, el principal defensor de esta propuesta, y las conclusiones emergentes surgían naturalmente: no había en manera alguna una línea directa, un camino sin opciones entre los principios bol-

---

<sup>92</sup> *Ibidem*, p. 284.

<sup>93</sup> Stephen COHEN: *Bujarin y la Revolución Bolchevique*. México, Siglo XXI, 1973.

cheviques y el estalinismo; el rumbo seguido por Stalin con la colectivización forzosa y la industrialización planificada era sólo una de las posibilidades que se le presentaban a los dirigentes bolcheviques.

En un trabajo posterior de gran repercusión<sup>94</sup>, Cohen fundamentó sus diferencias respecto de las posturas continuistas. Uno de los puntos sobre los que llamó la atención fue que la tesis de la continuidad no fue defendida sólo por los historiadores sino que también lo hicieron intelectuales provenientes de las filas del comunismo que se convirtieron en militantes combatientes en su contra, como es el caso del ruso Alexander Solzhenitsyn, o el del escritor húngaro Arthur Koestler, cuya novela *Darkness at Noon* presentaba la aniquilación de la «vieja guardia» Bolchevique por parte de Stalin como el lógico triunfo del bolchevismo.

Una de sus críticas principales reside en que la afirmación de los defensores de las posturas continuistas de que en el bolchevismo se encuentran las raíces del estalinismo, dice bien poco: «todo período histórico —cada proceso político— tiene antecedentes, raíces, en el que lo precede: 1917 en la historia del zarismo, el Tercer Reich en la República de Weimar y así sucesivamente. De cualquier manera, en sí mismo esto no demuestra nada acerca de la continuidad, y mucho menos sobre causalidad o inevitabilidad»<sup>95</sup>.

Por otra parte, destaca otros argumentos de importancia que, en su visión, invalidan las posturas continuistas:

- El movimiento bolchevique fue en muchos aspectos un movimiento autoritario, pero no distinguir entre el autoritarismo soviético anterior y posterior a 1928 implica oscurecer la verdadera naturaleza del estalinismo. Éste no fue solamente la suma de nacionalismo, burocratización, ausencia de democracia, censura, represión policial; estos fenómenos existieron en muchas sociedades:

en cambio, el Estalinismo fue en sí mismo el exceso, extremismo potenciado. No fue, por ejemplo, simplemente una política de coerción respecto de los campesinos, sino una virtual guerra civil contra el campesinado; no sólo represión policial, sino un holocausto por el terror que sacrificó decenas de millones de personas durante 25 años; no sólo un retorno Termidoriano de las tradiciones nacionalistas, sino un chauvinismo cuasi fascista; no sólo el culto a un líder, sino la deificación

---

<sup>94</sup> S. COHEN: «Bolshevism..., *op. cit.*

<sup>95</sup> *Ibidem.*



de un déspota. (...) Los excesos fueron la esencia del Estalinismo histórico, y esto es lo que realmente requiere explicación<sup>96</sup>.

- El tratamiento del estalinismo como bolchevismo y de la Unión Soviética de los años 30 como una extensión de 1917, ha conducido a que las tesis de la continuidad hayan dejado en un segundo plano su análisis como un sistema específico con su propia historia. La realidad de un régimen que en su desarrollo pasó por diferentes etapas —y ninguna de ellas fue el resultado inevitable de la anterior— conduce naturalmente a preguntarse cuál de esas etapas marca la continuidad respecto de las concepciones bolcheviques.

#### 4. Conclusiones

En este texto se ha intentado realizar un recorrido por algunas de las interpretaciones del fenómeno estalinista. Como es lógico, se trata de un recorrido fuertemente afectado por los avatares de la vida política después de la segunda posguerra. La Guerra Fría en sus diferentes etapas contribuyó de manera decisiva a la conformación de la agenda de los estudios soviéticos en los ámbitos académicos occidentales. El paradigma construido sobre la base de la caracterización del estalinismo como totalitarismo, y de su interpretación en términos de continuidad respecto de los principios de la Revolución de Octubre, tuvo vigencia durante alrededor de dos décadas, las de 1950 y 1960. No obstante, la muchas veces abusiva utilización de este esquema explicativo como arma de combate condujo, en primer término a que fuera objeto de cuestionamientos académicos importantes, y en segundo término que a partir de la irrupción de una corriente alternativa, el «revisionismo», éste se convirtiera en el paradigma dominante hasta fines de los años 80. Centrados en el enfoque de la historia «desde abajo», en la línea de los estudios de historia social de la época, los revisionistas realizaron sus máximas aportaciones en el tratamiento de la Revolución de Octubre. En el tema que nos ocupa, la corriente mayoritaria mantuvo la idea de continuidad, si bien fundamentándola de manera muy diferente. Sólo algunos historiadores aislados se dedicaron a desarrollar la noción de ruptura, destacando sobre todo las posibilidades que existieron en el régimen soviético durante los años 20 para tomar un camino distinto. De esta manera, la descalificación global

---

<sup>96</sup> *Ibidem*, pp. 12-13.

del conjunto de la experiencia iniciada en 1917 perdía fuerza, siendo posible, siguiendo el camino iniciado por Trotsky en el período de entreguerras, destacar la experiencia del estalinismo como una desviación respecto de los principios bolcheviques.

Los acontecimientos de 1989-91 tuvieron un impacto muy fuerte sobre la historiografía de la Revolución rusa en general y sobre la del estalinismo en particular<sup>97</sup>. Si bien existe unanimidad entre los investigadores respecto de que la apertura de los archivos soviéticos sólo aportó algunas revelaciones espectaculares pero nada de lo que no se tuviera conocimiento con anterioridad —por lo menos para los soviólogos occidentales— el triunfo de los «combatientes de la Guerra Fría» pareció en general, completo. Para ellos, la historia, más que cualquier análisis, señalaba quién tenía razón..., y los trabajos de la época se encargaron de demostrarlo.

Frente a esta postura dominante, los esfuerzos realizados por investigadores, como la ya citada Sheila Fitzpatrick, de postular la existencia de una «nueva generación» de historiadores —anglosajones pero también rusos— dedicados a los estudios de ámbito soviético, caracterizada por una serie de rasgos que la diferenciarían tanto de «totalitarios» como de «revisionistas» no resulta del todo convincente<sup>98</sup>. Lo que parece ocurrir, en mi opinión, es que en algunos casos se está a la búsqueda de nuevos temas a la sombra del impacto de las concepciones postmodernas, y en otros se intenta revitalizar la importancia de algunas cuestiones, como la significación de la ideología en la Rusia revolucionaria o una diferente valoración de la cuestión nacional. El resultado muestra sin duda trabajos valiosos<sup>99</sup>, pero no parece haber, por ahora, un conjunto de ideas y de visiones en condiciones de desafiar seriamente el paradigma dominante, que sostiene que leninismo y estalinismo fueron una y la misma cosa. Por supuesto, algo muy distinto es aceptar el mismo en su dimensión política, pero evidentemente no son los actuales tiempos los más propicios para la consolidación de una explicación que dé cuenta de toda la complejidad del proceso revolucionario.

---

<sup>97</sup> Sobre la historiografía de la Revolución Rusa en la última década, ver Jorge SABORIDO: «Los debates historiográficos sobre la Revolución Rusa: una aproximación», en *Hispania*, n.º 214. Madrid, 2003.

<sup>98</sup> Sheila FITZPATRICK: *Stalinism*. Londres y Nueva York, Routledge, 2000. pp. 6-11.

<sup>99</sup> Algunos de los trabajos incluidos en la obra citada en la nota 98 son una muestra de la validez de esta afirmación.